

suscitar las hostilidades entre América é Inglaterra. Aun cuando hubiese de resultar algún fraude, lo conveniente era promover esta guerra, pues en el instante perderían los ingleses el comercio americano, que era todavía de doscientos millones, y nada podría resarcirles de una pérdida de tanta monta. Además la supresión del pabellón americano como intermedio les causaba un perjuicio de otro linaje, que valía todos los sacrificios transitorios que en favor de América fueran hechos. Cuando obligáramos, por ejemplo, á los suecos, á los daneses, á los prusianos, á declarar la guerra á los ingleses, cedían á la violencia, y no se lanzaban más que á fingidas hostilidades. Pero una vez disparado el primer cañonazo entre América é Inglaterra, había de estallar un ardiente odio nacional entre una y otra, cesaría de ser complaciente para con la marina británica el pabellón americano, y ya se concibe lo que fuera el bloqueo continental para Inglaterra, no ofreciéndose los americanos á prestar su pretendido pabellón neutral á los ingleses para eludir el tal bloqueo.

Por obtener semejante resultado, ningún sacrificio debía parecer costoso, y era evidente que para obtenerlo se necesitaba ante todo quitar á los americanos todo motivo de queja fundada en nuestra contra, á fin de que su irritación recayera exclusivamente contra Inglaterra, y además, hacerlos esperar un amplio comercio con Francia, en resarcimiento del que iban á perder con Inglaterra. Desgraciadamente, por desconfianza, por orgullo, por pertinacia, se defendía Napoleón contra las concesiones que le eran pedidas; no las otorgaba sino una á una, y hasta destruyendo á veces su efecto con intempestivos rigores. Así, cuando los parciales de la guerra citaban en el congreso americano los buques detenidos por los ingleses, ó aquellos á cuyo bordo se había ejercido la captura de los marineros, en respuesta citaban los partidarios de la paz los buques americanos detenidos por la marina francesa en las bocas del Támesis ó del Tajo, y cuando se les quería poner delante de los ojos el vasto comercio del imperio francés en cambio del comercio británico, citaban los dos puertos desde los cuales se podía salir de América, y los tres puertos adonde se podía arribar en Francia, y las trabas, las tarifas excesivas á que allí quedaban expuestos.

Más y más complicaban tal situación grave de suyo el estado de los ánimos en los Estados Unidos y la división de los partidos en aquella comarca libre. Entonces, como antes y después, se hallaba dividida en federalistas y demócratas la América del Norte.

Bien que en otros días hubieran querido los primeros la guerra contra Inglaterra, para la emancipación del suelo americano, ya obtenida, retornaron á cierta especie de predilección por la antigua madre patria, y deseaban el comercio con ella, la alianza con su política, no mostrando sonrojo ni molestia por su ingratitud respecto de Francia. Sus intereses y sus opiniones eran causa de inclinaciones semejantes. Establecidos en las costas del Nordeste de América, los más de ellos en Filadelfia, en Nueva York, en Boston, eran antiguos negociantes ingleses, intermediarios naturales del comercio con Inglaterra, y querían que sobre todo consumiese América los productos británicos de que eran importadores y traficantes.

No produciendo ni algodón, ni azúcar, ni tabaco, ni

granos, ni maderas, como los colonos de tierra adentro, se cuidaban poco de buscar salidas á estos productos, y sólo se desvelaban por el comercio británico de que eran agentes. Tales eran sus intereses; de un modo menos sencillo se explicaban sus opiniones. Negociantes ricos, teniendo las costumbres, los gustos, las ideas del gran comercio inglés del cual traían la procedencia, profesaban las opiniones, reservadas, severas, de una aristocracia mercantil, amaban la política prudente, mesurada, conservadora de Washington, se inclinaban mucho á la de Mr. Pitt, y tenían singular semejanza con aquella poderosa ciudad de Londres, que había formado la clientela del ilustre ministro inglés de continuo. En lo concerniente con especialidad á América, deseaban un orden de cosas regular, sostenían el gobierno federal de buen grado, y querían vivir en paz con todas las potencias. Apenas les convenía la Francia de Luis XVI, la de la Convención nada, y la de Napoleón muy poco. Deploraban los rigores de Inglaterra contra su comercio; pero preferían sufrirlo á declararse en hostilidad con ella, y sobre todo no tenían confianza alguna en el gobierno de Napoleón, al cual encontraban á la vez revolucionario, despótico, ambicioso y perturbador hasta el más alto grado.

Los demócratas ó republicanos, según se les denominaba en aquella época, todavía próxima á la proclamación de la república, eran, por sus intereses y sus opiniones, diametralmente lo contrario que los federalistas. Colonos de lo interior casi todos, desparramados en la Virginia, la Carolina, el Ohio, Kentucky, territorios ricos en algodones, en tabacos, en azúcares, en cereales, en maderas de todas especies, tenían interés en comerciar con Francia, que necesitaba mucho de los productos de su agricultura. Aficionados á los gustos de nuestros colonos de las Antillas más bien que á los de los negociantes ingleses, preferían nuestros productos á los de Inglaterra, al par de las costumbres profesaban las opiniones de los plantadores, y se inclinaban á las ideas inmoderadamente liberales. Ardientes en otro tiempo en provocar la rebelión contra Inglaterra, ardientes en desealarla, en pugnar por la independencia americana, á diferencia de los federalistas, continuaron aborreciendo á Inglaterra aún después de arrancarla el triunfo, y querían llevar á remate la obra de su independencia, emancipándose del comercio, de los usos, de la alianza de la antigua metrópoli. Naturalmente dedicaban á Francia la benevolencia que negaban á la Gran Bretaña, le conservaban una viva gratitud por los beneficios recibidos de ella, le perdonaban fácilmente sus excesos revolucionarios, sublevándoles menos que á los federalistas, y aun cuando hubiera caído en un despotismo transitorio, siempre la miraban como á la nación activa, emprendedora, destinada en todos tiempos á precipitar los movimientos del espíritu humano. Irritados hasta el último extremo de los ultrajes hechos á su pabellón, se mostraban impacientes por vengarlos: ambiciosos, pretendían apoderarse del Canadá; por estos motivos impulsaban á las hostilidades contra Inglaterra, y anhelaban con toda su alma que Francia abriera ampliamente sus puertos al comercio americano, recibiera sus productos agrícolas del Sur y del Oeste, y suministrara así argumentos á su polémica vehemente y apasionada.

Tan luego como las noticias llegadas de Europa revelaban algún exceso cometido por los ingleses, triunfaban los demócratas, y por el contrario, cuando se sabía que los franceses habían aún detenido á algún buque americano, decían los federalistas que, para ser justos, convendría declarar la guerra á las dos potencias, y que no pudiendo sin locura hacerla á ambas, lo mejor era no hacerla á ninguna. Por su parte replicaban los demócratas que sólo gentes sin decoro y sin patriotismo podían tolerar la captura de sus marineros, la violación de su pabellón, y que, antiguos colonos de Inglaterra, lo querían volver á ser los federalistas; y éstos, injuriados, respondían que eran bulliciosos avasallados á la influencia francesa.

A la sazón era jefe del poder ejecutivo Mr. Máddison, amigo y discípulo de Jéfferson, demócrata moderado, instruído, previsor, práctico en los negocios, hallando en sus luces personales un correctivo contra las opiniones harto vivas de su partido. Convencido de buena fe de que América tenía mayor interés en aliarse con Francia que con Inglaterra, de que, aun deseando seguir en paz, á fin de recoger los inmensos beneficios de la neutralidad, se necesitaba por lo menos hacer respetar los derechos de la neutralidad misma, consideraba la guerra con Inglaterra como inevitable tarde ó temprano; pero quería ser forzado á ella por la opinión y apoyado por Francia, y recibir de ésta además en ventajas comerciales el precio del valor que dedicara á defender la causa del derecho marítimo. Prudente, pero amante del poder, tenía una ambición, la única hasta ahora conocida en los presidentes de los Estados Unidos, la de alcanzar una segunda elección, de alargar así de cuatro á ocho años la duración de su presidencia, lo cual ya había sido recompensa y gloria de Washington y de Jéfferson, y término de sus modestos y patrióticos deseos. Pero, si tenía ante los ojos el ejemplo de estos dos hombres ilustres, también tenía el de Mr. John Adams, que, habiendo querido provocar una guerra con Francia el año 1798, vió fracasar su reelección de resultados y concluir su autoridad á los cuatro años. Así guardaba muchos miramientos en su conducta y había elegido por ministro de Negocios extranjeros á Mr. Monroe, demócrata de su matiz, acostumbrado no menos que él á los negocios, alternativamente negociador en Francia y en Inglaterra, queriendo ser un día continuador de Mr. Máddison cual Máddison lo era de Jéfferson. Pero para llamar á Mr. Monroe á este puesto, Mr. Máddison había separado á Mr. Smith, demócrata distinguido y violento, perteneciente á una familia poderosa, y tenía que guardarse, no sólo de los federalistas, sino de los demócratas extremos, desazonados de su circunspección y de su lentitud calculada.

Para poner coto á la lucha de estas dos políticas que dividían á América, bastara que llegase de París un despacho con el cabal y definitivo reconocimiento del derecho de los neutrales, y la concesión de formales ventajas mercantiles. Por desgracia se estaba á fines de 1811; ya Napoleón estaba ocupado del todo en sus proyectos contra Rusia, y su cabeza ardorosa, aunque inmensamente vasta, no abarcaba á la vez dos proyectos. Apasionado en 1810 por el bloqueo continental, hallara en una guerra de América con Inglaterra la coyuntura de mil combinaciones favorables á sus planes, y nada des-

cuidara por promoverla. Por el contrario, lleno á fines de 1811 de la idea de terminar en el Norte de Europa todas sus luchas de un solo golpe, no dedicaba á mister Barlow, ministro de América y amigo del presidente Máddison, más que una atención distraída, y algunas veces le hacía aguardar semanas enteras una audiencia. Además de esta predisposición á las ocupaciones exclusivas, común en las almas apasionadas, Napoleón tenía otra no menos pronunciada, y era una especie de avaricia política, consistente en quererlo sacar todo de los otros, dándole lo menos posible, predisposición que, por miedo de ser uno engañado, expone á veces á engañarse á sí propio, pues no conceder nada, ó conceder muy poco, es á menudo un medio de no alcanzar nada. Perseverante, aunque con menos pasión, en su bloqueo continental, temeroso siempre de abrir salida á los ingleses, si lo cambiaba en algo, temeroso también de que le engañasen los americanos, quería no conceder nada, ínterin no declarasen la guerra á Inglaterra. De continuo decía á Mr. Barlow: «Declaraos, salid de vuestras largas vacilaciones, y alcanzaréis de mí cuántas ventajas podáis desear.» Entretanto las fragatas francesas destruían todo buque americano que llevaba trigos á Cádiz ó á Lisboa, y nuestros corsarios daban caza á los que intentaban penetrar en las bocas del Támesis.

De esta suerte no fué declarada la guerra en 1811 como pudo serlo, y todo este año se pasó en discusiones violentas entre los partidos que dividían á América. A la llegada de cada buque de Europa, se corría á casa de Mr. Serurier, ministro de Francia, para saber si había recibido algunas noticias satisfactorias, y este diplomático, enviado por Napoleón después de las cosas de Holanda á Washington para impulsar á los americanos á la guerra, y que procedía con celo y mesura, repetía de continuo la lección que se le enviaba formada de París del todo, y decía siempre á los americanos que, cuando abandonaran su política de tergiversaciones, recogerían el premio de su adhesión á la causa del derecho marítimo. Así el congreso americano fué prorrogado para 1812 sin abrazar partido alguno, y fuerza es repetir que fué una gran desdicha, porque esta guerra era de índole propia á dar al bloqueo continental tanta eficacia y á causar tal emoción á los ingleses, que acaso la política del gabinete británico variara de repente.

Con todo, imposible era que semejante situación se prolongara, y así el año de 1812 debía acabar de otro modo que el antecedente. Si Francia hacía esperar sus concesiones comerciales y apresaba de vez en cuando algunos buques americanos, Inglaterra persistía en la negativa absoluta del derecho de los neutrales, mantenía en todo su vigor las *órdenes del Consejo*, y continuaba sobre las costas de la Unión la visita de los buques americanos y la captura de los marineros. Indignación general produjo el número conocido y publicado de los marineros cogidos por los ingleses. Según acabamos de manifestar, pasaba de seis mil este guarismo, lo cual suponía una porción mucho mayor de estos actos de violencia, pues se debían ignorar por lo menos otros tantos como los que eran conocidos. A la exasperación pública puso colmo una postrera circunstancia, y fué la declaración hecha por el gabinete británico en el mismo

instante de recibir la plenitud del poder real el príncipe regente. Según se ha visto, llamado á la regencia en 1811, vióse obligado á soportar ciertas restricciones á su prerrogativa, restricciones de poca importancia, bien que parecían ser una especie de aplazamiento á su instalación definitiva. Todo el mundo así en Inglaterra como en Europa semejava remitir á la época en que fuera investido con el poder real la determinación de su política verdadera. En Inglaterra no había desesperado la oposición de verle tornar á sus antiguos amigos, y difiriendo la Unión americana de continuo el momento de una guerra temible, se había lisonjeado de que tal vez templaría algún tanto aquel despotismo marítimo, que constituía uno de los caracteres de la política de Mr. Pitt y de sus continuadores. Mas, habiendo sido alzadas las restricciones puestas á la autoridad del príncipe de Gales á principios de 1812, y no habiendo resultado en la política británica ningún cambio, ya había que desesperar de que se verificase, y la Unión tomó al fin el partido de no aguantar por más largo tiempo las vejaciones de Inglaterra, y de no aguardar tampoco más los favores prometidos por Napoleón tantas y tantas veces. Singular espectáculo dado por dos gobiernos, el de Francia con todas las luces del genio, el de Inglaterra con todas las luces de la libertad, y ambos obcecados por las pasiones, entrando respecto de América en cierta especie de competencia de faltas, pues fuerza es reconocer que los países libres se apasionan y ciegan como los otros; sólo que se puede decir que aún es la libertad entre todos los remedios el más seguro y eficaz contra la ceguedad de las pasiones.

Descontento el gobierno americano de Francia, pero indignado contra Inglaterra, preparó una serie de medidas militares que indicaban visiblemente la resolución de hacer la guerra, y á la sazón se puso gran cuidado en abstenerse de toda relación con la legación francesa, á fin de que no se atribuyeran tales determinaciones á nuestro influjo. Aquel gobierno propuso elevar el ejército permanente á veinte mil hombres, admitir hasta cincuenta mil los alistamientos voluntarios, crear una flota de doce navíos y de diez y siete fragatas, y negociar un empréstito de cincuenta y cinco millones de francos. Con ardor fueron discutidas estas providencias y desde el punto de vista peculiar de cada partido.

Queriendo los federalistas aumentar cada vez más el predominio de la autoridad central, y viéndose obligados á la guerra, se inclinaban al aumento del ejército permanente y de la marina, y rechazaban los alistamientos voluntarios. Al contrario los demócratas, desconfiando del poder central por instinto, mostraban repugnancia á la creación de un ejército permanente, y no comprendían más que una clase de guerra, la que consistía en lanzar una nube de voluntarios sobre el Canadá para que sublevaran aquel territorio y lo agregasen á la federación americana. Estas opiniones, que tan al vivo retrataban el genio de los dos partidos, acabaron por un voto común en favor de los proyectos sometidos á la legislatura, algo modificados no obstante en el sentido de los federalistas, porque el senado, donde éstos ejercían más influencia, hizo subir el aumento del ejército permanente de veinte á treinta y cinco mil hombres. A estas providencias se añadió otra, y fué la del *embargo*, consistente en prohibir durante

dos meses la salida de los puertos de América á todos los buques americanos, á fin de que los ingleses pudieran hacer pocas capturas. Al cabo de estos dos meses debía ser declarada la guerra.

Entretanto diversos incidentes suministraron aún pretextos para sostener la paz ó la guerra á cada uno de los partidos. Habiendo hecho un intrigante revelaciones, de las cuales se podía inferir que ciertos federalistas habían tenido relaciones condenables con el gobierno inglés del Canadá, aunque acusados injustamente, se sintieron aterrados por un momento. Sin embargo, muy pronto vino otro incidente á reanimar sus espíritus abatidos; hasta tal extremo semejava que, antes de adoptar su resolución definitiva, debía luchar América largo tiempo entre las faltas de Francia y las de Inglaterra. Se supo que fragatas francesas, de crucero en las playas de Lisboa, habían echado á pique varios buques americanos, que llevaban harina al ejército de los ingleses. Al saberlo se alentaron los federalistas, sostuvieron que los decretos de Berlín y de Milán no estaban revocados, que el decreto de 28 de abril de 1811 era una mentira, y preguntaron cómo había quién se atreviese á proponer la guerra contra Inglaterra por no haber revocado las *órdenes del Consejo*, no habiéndose revocado tampoco los decretos de Berlín y de Milán por Francia.

De todos modos ya era preciso llegar á una solución, pues el gobierno del presidente Máddison podía recelar ver su consideración comprometida de resultados de estas continuas tergiversaciones. A vueltas de todo, el público acabó por comprender que no era maravilla que Francia tratase de impedir que los neutrales abasteciesen al ejército enemigo, y, sin penetrar en las dificultades que emanaban de la cuestión de derecho, antes de mucho se calmó relativamente al suceso de Lisboa. Se leyeron despachos de Mr. Barlow, los cuales anunciaban excelentes disposiciones por parte de Francia, disposiciones que, para ser manifiestas, sólo aguardaban una resolución enérgica de los Estados Unidos contra Inglaterra. Por último, á mediados de junio, en la misma época en que Napoleón se encaminaba desde el Niemen al Dwina, se sometió al congreso americano la cuestión solemne de la guerra á Inglaterra. Violento y largo fué el debate. Algunos federalistas exaltados clamaron que, puesto que se quería hacer respetar el pabellón y representar heroísmo, lo razonable era no representarlo á medias, y declarar la guerra á ambas naciones. De ridícula se resentía la proposición ésta, pues en vísperas de combatir á favor del derecho marítimo fuera extraño declararse hostil á aquella de las dos potencias que, aun violándolo algunas veces, sustentaba una lucha encarnizada por su triunfo. Además, se resentía de imprudente hasta el último extremo, porque ¿en qué puerto hallaran los corsarios de América refugio y mercado, si se les cerraran las costas de Francia? No se hizo caso de arranques de gentes deseosas de desacreditar una opinión exagerándola, y el congreso americano votó la guerra por mayoría de 79 votos contra 37 en la cámara de los representantes, y de 19 contra 13 en el senado. Fechóse la declaración oficial el día 19 de junio de 1812.

Mientras las faltas de Inglaterra producían este deslance, que tan funesto pudiera serle, ilustrándose el

gabinete británico cuando ya había pasado la coyuntura, revocó al fin las *órdenes del Consejo*, y Mr. Fórster, al embarcarse en uno de los puertos de la Unión, acababa de recibir la tardía nueva, dejando el cuidado de comunicarla al presidente Máddison á un encargado de negocios.

Pero los demócratas se habían apresurado á comenzar las hostilidades, y ya entonces agitaban á la América dos hechos, llenándola el uno de alegría y el otro de tristeza. Imprudentemente presuroso el general Hull en cruzar la frontera del Canadá por cerca del fuerte de *Detroit* á la cabeza de una tropa de tres mil hombres, y en distribuir proclamas insurreccionales á los canadienses, se halló cogido entre los lagos Hurón y Erie, envuelto por las tropas inglesas y obligado á rendir las armas. Vivamente conmovió á América este suceso, que en realidad distaba mucho de presagiar la suerte de la presente guerra. Pero al par el hermano del mismo general Hull, capitán de la fragata *Constitución*, acababa de alcanzar una victoria que exaltó el genio americano hasta el último punto. Un año hacía que muchas fragatas inglesas insultaban las costas americanas, y ejercían aisladamente la captura de los marineros á la boca de sus puertos. Especialmente la fragata *Guerre*, francesa en otro tiempo, había hecho frente al comodoro americano Rógers, que la buscaba para castigarla. Montando el capitán Hull la fragata *Constitución* halló á la *Guerre*, y en treinta minutos le echó abajo los masteleros y la obligó á rendirse con trescientos hombres, después de herirle ó matarle unos cincuenta. Tanto las maniobras, como los disparos de la fragata americana, se hicieron con exactitud admirable. Sus oficiales y sus marineros acreditaron una intrepidez que auguraba el advenimiento de una nueva raza de héroes sobre los mares. El entusiasmo excitado entre los americanos por uno de estos hechos y la confusión producida por el otro, esterilizaban los esfuerzos que se pudieran intentar para promover una avenencia con los ingleses.

Tales habían sido los sucesos allende el Atlántico durante la trágica catástrofe de nuestro ejército en Rusia. ¡Cálculése el efecto de semejante declaración de guerra un año antes cuando, hallándose Inglaterra sin aliados en Europa, viera surgir un nuevo enemigo más allá de los mares, cuando los americanos, únicos violadores del bloqueo continental, se transformaran en sus cooperadores ardientes, cuando ya fuera imposible reconvenir á Rusia por sus complacencias respecto de ellos y hasta de pretexto careciera la guerra en su contra, cuando se pudiera enviar un nuevo Lafayette al frente de veinte mil hombres en una de las numerosas escuadras que dentro de nuestros puertos permanecían ociosas, cuando finalmente nuestras fuerzas intactas pudieran producir el término de la guerra marítima de resultados de un postrer golpe descargado en España! Pero ahora, después del desastre de Moscu, la guerra de los americanos contra los ingleses no era más que una inútil aventura.

En España habían ocurrido sucesos igualmente graves, derivados de las mismas causas, si bien no se podían calificar de ventura infructuosa, pues casi todos habían sido desgraciados. Se hace memoria de que el prudente capitán que mandaba en la Península á los ejércitos

ingleses, y permaneciendo allí sustentaba la constancia de la insurrección española, había reconquistado sucesivamente las importantes plazas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, y anulado así los únicos resultados de dos sangrientas campañas. También se debe recordar de qué manera había obrado para hacernos sufrir esta doble afrenta. Mientras, mandando Napoleón desde lejos, bruscamente, con atención fija un instante y apartada luego, hacía avanzar todos nuestros cuerpos de ejército hacia Valencia, lord Wellington, siempre bien informado por los habitantes, se aprovechó de la coyuntura para apoderarse de Ciudad Rodrigo, á vista del ejército de Portugal, muy debilitado de resultados de sus destacamentos sobre Valencia. Cuando, ya tomada Valencia, atrajo Napoleón á toda prisa hacia el Norte de la Península á todas las fuerzas francesas para asegurar las comunicaciones con Francia y llevarse al Niemen los destacamentos que le eran necesarios, lord Wellington, siempre en acecho, trasladóse rápidamente hacia el Sur de Portugal, tomó á Badajoz á fuerza de hombres, y de este modo hizo sufrir al ejército de Andalucía una afrenta aún más amarga que la sufrida por el ejército de Portugal con la pérdida de Ciudad Rodrigo.

A continuación de este doble descalabro partió Napoleón para Rusia, dejando á José el mando de todos los ejércitos franceses de España, y después de quitarles los polacos, la joven guardia, parte de los cuadros de dragones y buen número de excelentes oficiales, como los generales Eblé, Montbrún y Haxo. Aún los veinticuatro millones de francos prometidos por Napoleón para asalarar el año de 1811 á las tropas no estaban satisfechos el año de 1812; y del millón mensual señalado á José para crear una administración, se debían dos millones y medio correspondientes á 1811 y seis á 1812. Por inútil instrucción, recomendó Napoleón á José que mantuviera cuidadosamente las comunicaciones con Francia, y velara á fin de que siempre estuvieran prontos á reunirse contra lord Wellington los ejércitos de Portugal y de Andalucía. Efectivamente, todo el éxito de la guerra dependía del esmero que estos dos ejércitos dedicaran á prestarse recíproca ayuda. ¿Pero cómo esperarlo? ¿Cómo asegurarlo? Lisonjeándose había Napoleón de que, con el mando general más ó menos obedecido, con trescientos mil hombres de excelentes tropas, dando de sí doscientos treinta mil combatientes, si José no obraba prodigios, al menos conseguiría mantenerse. Le bastaba con este simple resultado, sobre todo alimentando la esperanza de que en Rusia iba á poner término á todas las cosas del mundo. Aun creyendo poco en el genio militar de José, contaba con su cordura, con la grande experiencia del mariscal Jourdan, á quien hacía justicia en el fondo, sin embargo de no estimarle, y durmióse relativamente á este grave negocio, que le había llegado á importunar de una manera imponderable. De seguro José y Jourdan, puntualmente obedecidos, ejecutarán cuanto Napoleón se prometía de sus personas, y más todavía; pero se va á ver si las cosas estaban de manera que pudiesen obtener la más mínima obediencia. La situación y la fuerza de los diversos ejércitos eran las siguientes:

Con cuarenta y seis mil hombres guardaba el general Dorsenne á Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya, Álava y Castilla la Vieja hasta Burgos. En este número se compren-

dían las guarniciones de Bayona, San Sebastián, Pamplona, Bilbao, Tolosa, Vitoria, Burgos y otros pequeños puestos intermedios. No quedaban más que veinticinco mil hombres de tropas activas contra Mina, que desolaba y dominaba á Navarra, contra Longa, Campillo, Porlier, Merino, que recorrían á Guipúzcoa, Vizcaya y Álava hasta Burgos, se comunicaban con los ingleses, y juntos ó separados interceptaban los caminos de tal modo, que á menudo un despacho de Madrid á París tardaba no menos de dos meses. Sin embargo, un jefe hábil al frente de veinticinco mil, y hasta de veinte mil hombres de tropas activas, pudiera, ya que no destruir á estas bandas, al menos consentirlas tan poco descanso como ellas dejaban á las tropas francesas y aminorar mucho su importancia. Pero Dorsenne, antiguo general de la guardia, valeroso como el que más, idóneo á las órdenes de un buen jefe para la guerra en grande, no tenía la actividad ni la astucia que se necesitaran para correr detrás de tales enemigos, armarles emboscadas y hacerles caer en ellas; áspero y orgulloso, no sabía obedecer más que á Napoleón.

Por otra parte, provisto de sus antiguas instrucciones, que prescribían al jefe de las provincias del Norte ocuparse en su pacificación de una manera exclusiva, á menos que los ingleses pusieran al ejército de Portugal en peligro, sabiendo que Napoleón pensaba en segregar estas provincias de la monarquía española, autorizado de resultas para administrarlas aparte, se complacía Dorsenne en la especialidad de su papel harto de sobra para que se sometiera á la supremacía de José fácilmente. Así, cuando éste transmitió á sus lugartenientes las órdenes de Napoleón, que le instituían general en jefe de los ejércitos franceses de España, respondió el general Dorsenne que tales órdenes no le concernían de ningún modo, pues tenía un cuidado especial á su cargo, cuya extensión y cuyo objeto se le habían trazado en la capital de Francia, y que era casi inconciliable con lo que desde Madrid le pudiera ser mandado.

Ocupados se hallaban por el ejército de Portugal el resto de Castilla la Vieja, el reino de León, y el territorio de la provincia de Salamanca hasta los márgenes

bre el Tajo y cubrir á Madrid. Si finalmente lord Wéllington amenazaba de nuevo la Extremadura baja, como ya se había visto al tiempo del primer sitio de Badajoz y del segundo, el mariscal Marmont debía pasar por el puente de Almaraz el Tajo, y hasta aparecer delante de Badajoz, travesía inmensa de más de cien leguas, ya ejecutada por él mismo al ir en socorro del mariscal Soult el año antecedente. Creyendo en esta última suposición muy poco, recelando especialmente por nuestras comunicaciones en el instante en que se iba á alejar del centro de su imperio, había trasladado Napoleón la residencia ordinaria del mariscal Marmont del Tajo al Duero, de Plasencia á Salamanca, lo cual hizo que la toma de Badajoz fuera para lord Wéllington fácil empresa. Fundadamente entendía Napoleón que la seguridad de nuestro establecimiento en España dependía exclusivamente del celo que los citados generales pusieran en prestarse recíproca ayuda, y así se lo había recomendado por extremo. No se podía dudar del celo que el mariscal Marmont emplearía en socorrer al mariscal Soult, pues ya lo había efectuado el año anterior á pesar de las distancias. ¿Pero se podía racionalmente esperar ningún auxilio para el mariscal Marmont del mariscal Soult, que jamás quiso prestar servicio alguno al ejército de Portugal; del general Dorsenne, que, glorificándose de su papel especial, se consideraba soberano del Norte de España; del infortunado José, rey nominal de la España entera, que apenas tenía con qué guardar á Madrid y sus alrededores? No había que lisonjearse de ello, y sin embargo, el mariscal Marmont con menos eventualidades de ser socorrido que nadie, cabalmente lo necesitaba más que todos, siendo evidente que, ya dueño lord Wéllington de Ciudad Rodrigo y de Badajoz, verdaderas puertas de Portugal por España, pasaría por la primera y no por la segunda, como que ésta le llevaba á Andalucía, donde nada tenía que hacer de provecho, donde además había peligro de engolfarse, al par que la otra le encaminaba á Castilla, desde donde tomaba de revés á nuestras tropas y podía arrancarnos toda España de un solo golpe. Sin mani-

tidos en puestos menores, como Benavente, Toro, Palencia, Ávila, etc.; dos mil lo menos en los caminos, lo cual reducía al mariscal Marmont á treinta y siete mil combatientes á lo sumo, suponiendo que pudiese juntar bastante pronto las divisiones que se hallaban en Valladolid á las que estaban sobre el Tajo. No bastaban para resistir á sesenta mil anglo-portugueses. De consiguiente, el mariscal Marmont envió cerca de Napoleón á su ayudante de campo el coronel Jardet para presentarle esta cuenta de sus fuerzas, para decirle que, si se hallaba en peligro, muy ocupado el general Dorsenne con las bandas del Norte, encontraría mil razones para no ir en su ayuda ó llegar demasiado tarde; que José no sería bastante activo, ni bastante osado para privarse á tiempo de diez mil hombres, ó de seis mil cuando menos, de los catorce mil que componían el ejército del centro; que en las distancias que le separaban del ejército de Portugal tendría el mariscal Soult más razones de las que necesitaba para no abandonar á Andalucía; que sucumbiría por lo tanto, y sucumbiendo, descubriría la frontera de Francia antes de ser socorrido, y que, no dándosele el mando superior de los dos ejércitos de Portugal y del Norte, no podía tomar á su cargo la difícil tarea de hacer cara á los ingleses, por lo cual pedía salir de España y hacer á los ojos del emperador la campaña de Rusia. Napoleón oyó al coronel Jardet, mostróse impresionado por lo que le expuso este oficial distinguido, le ofreció providenciar lo más oportuno, bien que burlándose de la ambición del mariscal Marmont al pretender un mando tan superior á sus talentos; mucho más atento de seguida á lo que iba á hacer en persona que á lo que se le comunicaba, respondió al coronel Jardet: «Marmont se queja de las distancias, de la dificultad de las subsistencias...; muchas más distancias tendré que atravesar en Rusia, muchas más dificultades habré de vencer para alimentar á mis soldados... Y bien, haremos lo que se pueda.» Acto continuo separóse Napoleón del coronel Jardet, prometiendo avisarle. Pero como se necesitara adoptar resoluciones muy graves, llamar á tal ó cual de sus lugartenientes, poco inclinado á trabajar en la calma con sus ordinarios

hasta Alcántara sus forrajes, lo cual contrariaba mucho á José, reducido á alimentar á sus empleados civiles con raciones, y necesitando por consiguiente de sus recursos todos. Salvo esta dificultad, se mantenía el mariscal Marmont con el rey José en excelentes relaciones.

Trece ó catorce mil hombres útiles mandaba el rey José en el ejército del centro, entre los cuales se hallaban muchas reliquias de antiguos cuerpos, como sucede siempre en los cuarteles generales, y además dos mil hombres del mariscal Soult, reclamados por éste de continuo. Con esta fuerza, aumentada por tres mil españoles, á quienes asalariaba de su propio bolsillo, y que permanecían fieles cuando andaba puntual la paga, tenía que guardar á Madrid, á la derecha la provincia de Toledo, á la izquierda la de Guadalajara, hacia atrás necesitaba mantener sus comunicaciones con el ejército del Norte, y hacia adelante y á través de la Mancha debía conservar algunas relaciones con el ejército de Andalucía.

También tenía que extender uno de sus brazos hasta Cuenca, para comunicarse con el ejército de Aragón establecido en Valencia. Si dejaba de ser bien guardado uno de estos puntos, de repente quedaba separado José de una importante porción del reino y perdía los escasos recursos con que vivía, recursos consistentes en algunos granos y forrajes obtenidos en la época de la cosecha, y en los derechos de puertas de Madrid. Obligado especialmente ahora para satisfacer las apremiantes reclamaciones del mariscal Marmont á enviar granos á la provincia de Toledo, que se los suministraba ordinariamente, de tal modo empobreció á Madrid de comestibles, que la libra del pan costaba á seis y siete reales. Así la miseria era extremada; mal modo de atraer á los españoles á la nueva dinastía.

Prematuramente invadida la Andalucía, se hallaba en manos del mariscal Soult, que tenía la mejor parte del ejército francés bajo su mando. Con efecto, disponía de cincuenta y ocho mil hombres, descontentados los no combatientes, según se ha hecho respecto de los demás cuerpos, cuyas fuerzas acaban de ser enumeradas. Estas tropas se hallaban distribuidas como sigue: dos mil